

ANTICIPO MAJA

REPORTAJE SOBRE MI MADRE

Ernesto Villegas Poljak

PARTE I

HUÍDA CON RAQUETAS

Nerviosa, pero sin perder ni pizca de elegancia, mi abuela Klara Bauer encendió un cigarrillo marca Miranda, específica para mujeres, y delante de su esposo e hijas exclamó:

—¡Dios mío! ¡Te prometo dejar de fumar si nos permites salir de esto sanos y salvos!

Klara tenía 42 años. Nació en Pozega, a 173 km de Zagreb, el 12 de noviembre de 1899. En posición social superaba a mi abuelo Milan Poljak —dos años mayor que ella— cuando lo escogió entre los muchos galanes que la pretendían. Su padre, Ignatz Bauer, era un acaudalado joyero y relojero croata. Su madre, Rosa “Rozyka” Zirner, nació en Hungría. No eran la única familia judía con apellido alemán sin raíces en Alemania: en 1787 el emperador José II obligó a los judíos del Sacro Imperio Romano y Germánico, incluidos los húngaros, a adoptar apellidos alemanes. Ambos, Ignatz y “Rozyka”, mis bisabuelos, murieron antes de la guerra y dejaron toda su herencia a mi abuela Klara, su única hija.

Cada vez que sonaba el timbre en el apartamento de la calle Petrinjka los esposos Poljak Bauer se sobresaltaban.

Se suponía que estaban allí bajo el manto protector del “general P”, su súbito y poderoso vecino *ustacha* de Visoka Ulica, pero “él no se había comprometido por un tiempo específico”, según recuerda mi tía Yanka. A sus 11 años, la menor de los Poljak Bauer se esforzaba por comprender los confusos hechos fuera de su mundo infantil. Extrañaba a Stella, su perrita, a quien tuvieron que dejar al cuidado de una antigua doméstica. Poco sabía Yanka de Hitler y Pavelic, pero quienes la alejaran de su tierna mascota debían ser, definitivamente, unos seres malvados.

Yanka, mi tía, recuerda que a Milan, mi abuelo, no le permitieron volver a hablar con el “general P”.

—Nadie podía adivinar cuánto tiempo más teníamos.

A diferencia de Mento Papo, el judío arruinado de Sarajevo que recreó el Premio Nóbel yugoslavo Ivo Andric en su libro *Café Titanic*, Milan Poljak sí tenía suficiente dinero y objetos de valor escondidos para comprar vida y libertad. Mento Papo caerá abaleado por Stjepan Kovic, un *ustacha* cansado de las súplicas e inventos de aquel judío mentiroso.

Una parte de la fortuna familiar de los Poljak Bauer había sido resguardada, antes de la guerra, en una caja de seguridad de un banco en el Sur de Francia. El resto permaneció con ellos en Zagreb.

Las leyes *ustachas* impedían a los judíos, entre otras muchas cosas, el libre tránsito.

No les estaba permitido abandonar por su cuenta el territorio croata, como había pedido Klara Bauer al dios de sus padres.

A falta del apoyo del “general P”, no tenían más remedio que intentarlo por medios ilícitos, al riesgo de la vida misma.

—Mi padre salía todos los días para ver qué podía hacer para obtener papeles falsificados. Finalmente se encontró con un personaje sombrío que se movía libremente entre los funcionarios y que usaba sus conexiones para ayudar a los judíos a escapar a cambio de dinero en efectivo —escribe Yanka.

Con ese sujeto transó un precio y convinieron en que los cuatro se harían pasar por una familia cristiana rumbo a unas merecidas vacaciones de verano en territorio italiano, donde, increíble, pero cierto, los fascistas de Mussolini daban —todavía— trato relativamente humanitario a los judíos que huían de nazis y *ustachas*.

Durante un tiempo los fascistas italianos proclamaron frente a los judíos la política de “discriminar y no perseguir”. Los judíos sefarditas expulsados de España y Portugal en 1492 fueron recibidos como italianos de “fe mosaica” o judíos “de religión italiana”. Eran respetados como ciudadanos comunes y corrientes. Algunos se incorporaron al partido fascista. De allí serán expulsados a partir de 1938, lo mismo que del sistema educativo, y limitados en su patrimonio. A la postre serán deportados.

—Los judíos no pertenecen a la raza italiana (sic) —argumentaban “científicos” en los que Mussolini basó sus leyes raciales¹.

Los Poljak Bauer primero debían tomar un tren desde Zagreb hasta Dalmacia, región de Croacia famosa por sus bellas costas y los moteados perros de raza dálmata.

Allí abordarían un ferry para llegar hasta Rab, una isla de 93 km cuadrados que Pavelic había cedido a Italia en su pacto con Mussolini para autoproclamarse como el *poglavnik* del Estado Independiente de Croacia. Un título equivalente al *fuhrer* de Hitler, al *duce* de Mussolini y al “caudillo” de Franco.

Una mujer muy maquillada, con uñas y labios pintados de rojo, los esperaría en la estación de trenes para acompañarlos en el vagón. La dama cumplía la función que en tiempos actuales ejercen los “coyotes” en la frontera entre México y EEUU y, más al Sur, entre Colombia y Panamá.

En las maletas traían empacadas unas raquetas de tenis en desuso, y que gracias al ingenio de mi abuelo, sirvieron de escondite para dólares en abundancia, diamantes y joyas, dejadas en herencia a mi abuela Klara por el joyero Ignatz Bauer, su padre. Milan había vaciado los mangos y colocado allí dentro los billetes enrollados y las alhajas.

La mayoría de sus ya menguados efectos personales quedaron atrás, intactos, en el apartamento de la calle Petrinjka para que, ante cualquier inconveniente, ningún detalle delatara el plan de huida.

Por poco fueron descubiertos en el tren por guardias croatas. La dama maquillada los interceptó en el pasillo a tiempo, cuando se disponían a registrar el compartimiento de los Poljak Bauer.

—Tenemos informes de que alguien con papeles falsos se encuentra a bordo de este tren —le explicaron.

Ella desplegó todos sus encantos y los convenció de seguir de largo.

—Mis padres estaban aterrorizados, pero la mujer obviamente hizo bien su trabajo y nadie nos molestó — rememora Yanka.

¹ Matard-Bonucci, Marie-Anne. *La Italia fascista y la persecución de los judíos*. Se respeta la cita textual, aunque a efectos de este libro acogemos la recomendación de UNESCO de evitar el uso del término “raza” para aludir grupos étnicos.

Al llegar al puerto dalmata, antes de abordar el ferry rumbo a Rab, Milan entregó a la mujer un sobre grueso con el dinero convenido y le dijo:

—Acabas de salvarnos la vida. ¡Muchas gracias!

Faltaba todavía el viaje por el mar Adriático y el paso por los controles migratorios italianos. Las olas golpeaban con suavidad el casco de la embarcación a su paso por las aguas del golfo de Carnaro, llamado Kvarner en lenguas eslavas. Los corazones se agitaron cuando el barco finalmente atracó en la isla. Una vez en tierra, los *carabinieri* aceptaron los pasaportes sin prestarles demasiada atención.

—*Benvenuti* –les dijeron.

Todos respiraron aliviados.

—Estábamos en territorio italiano y a salvo –suspira Yanka.

Pero la alegría nunca es absoluta. En el caso de los Poljak Bauer, faltaba alguien con quien y por quien celebrar: Bela Pollak, el padre de Milan.

Triste, Yanka recuerda que su abuelo rechazó unírseles en el viaje.

—No, Milan, ya yo estoy demasiado viejo.

—Pero, papá, ¿y los nazis? ¿y los *ustachas*?

—No me molestarán. Estaré tranquilo en casa con el ama de llaves.

Bela, mi bisabuelo, era un próspero comerciante de Zagreb.

Hizo fortuna con la venta de armas y herramientas para la primera guerra mundial. Fue propietario de una ferretería mayorista en la calle Vlaska de Zagreb, registrada con el nombre “Herederos de White Pollak” en 1920. Según los registros, vendió el negocio a I. Blau y Mirko e Ivka Weinrebe en 1941.

Esos mismos registros indican que el gobierno *ustacha* rechazó una exención solicitada por Bela Pollak para el uso del parche judío, obligatorio tras la instauración del Estado Independiente de Croacia, pero sí lo autorizaron a trasladarse a Krapinske Toplice, municipio a 50 km de Zagreb, con fines de tratamiento médico entre julio y septiembre de 1941.

Los *ustacha* lo arrestaron en Markovo, una pequeña villa dentro de la jurisdicción de Zagreb, por llevar tapado el parche amarillo bajo su abrigo de invierno el 28 de octubre de 1941. Lo dejaron en libertad, pero fue sometido a juicio y le impusieron multa de 200 kunas,

la moneda oficial del Estado Independiente de Croacia. Era 10 de noviembre de 1941, tres días antes de cumplir 77 años².

El mármol de Henrietta Moster, mi bisabuela, fallecida en 1925, rinde homenaje en ausencia a Bela Pollak y a su hijo Rudolf Poljak en el cementerio zagrebí de Migoroj. La lápida los exalta como “víctimas del fascismo”. Rudolf, mi tío abuelo, será reportado como una de las víctimas mortales del tenebroso campo de concentración de Jasenovac.

Rudolf, al igual que su hermano Milan, pagó para cambiar una letra al apellido paterno, Pollak, para convertirlo en Poljak, en vano intento por pasar desapercibido frente a nazis y *ustachas*. Bela, mi bisabuelo, murió con el mismo apellido típicamente judío con que nació.

—Yo odiaba pensar que ya no lo veríamos los domingos —resiente Yanka.

Pocos días después llegó a la isla una prima de Maja y Yanka, Desirée Poljak. Era la hija mayor del Rudolf Poljak, mi tío abuelo. Desirée, mejor conocida por el diminutivo Desi, tenía 20 años, tres más que Maja. Vino en pareja con su esposo, Herman Hoffman, a quien decían Bubi, lo que traduce “bebé”.

Los Poljak Bauer pagaron por alojarse en una pensión donde coincidieron con otras familias judías refugiadas. Allí contemplaban una hermosa vista al mar.

Según escribe Yanka, mi abuelo Milan parecía tener entonces un “suministro infinito de dinero”, lo que contrastaba con las limitaciones económicas de otras familias refugiadas, como Desirée y Herman, que habían llegado sin un centavo en los bolsillos.

Una familia campesina dio alojamiento a Desi y Bubi en el ático de una casa sin cocina ni baño. Sólo comían pescado capturado por Herman.

Cuenta Yanka que por esos días mi madre, la joven Maja, se mostraba simpática con los *carabinieri*, cosa que no fue del agrado de su papá.

² En el libro *Threads. The fabric of family lives pulled apart by war* (Hilos. El tejido de la vida familiar destrozado por la guerra), de mi primo Dan Hoffman, se menciona 1876 como año de nacimiento de Bela Pollak. Pero una investigación documental de Rebeca Padrón, experta genealogista venezolana, arrojó una fecha exacta: 13 de noviembre de 1864. La investigadora consultó estas fuentes documentales:

1. Cementerio de la ciudad de Zagreb. – HDA (Archives).
2. Departamento de Serbia, Registros generales, Registro de la Propiedad, Departamento Judío, HDA - RUR.
3. MRAZOVIĆ, J. (1931). Directorio de la ciudad de Zagreb 1931. Zagreb.

—De repente Maja se había vuelto muy guapa y sonreía mucho con sus dientes recién enderezados.

Maja Poljak le habló de política a Desi, pero no logró interesarla con sus ideas comunistas que tantos problemas le habían traído con Milan, su papá.

Yanka escribe que su prima Desi “probablemente estaba más interesada en saber de dónde vendría su próxima comida”.

El contraste social también se hizo patente cuando, al aumentar el número refugiados en la isla de Rab, las autoridades italianas informaron a ambos núcleos familiares que debían ser trasladados a tierra firme.

A los cuatro Poljak Bauer los enviarían, juntos, a un pueblo llamado Melfi, cerca de Salerno, en el sur de Italia, donde estarían bajo la figura de *confino libero*, es decir, confinados en libertad dentro de los límites del poblado.

En cambio, a los Hoffman Poljak les notificaron que tenían la orden de deportar a Herman a un campo de concentración en Ferromonti, al sur de Italia, y que ella, Desirée, podía permanecer en la isla de Rab. Si deseaban mantenerse juntos, entonces la única opción era salir en *confino libero* hacia un pueblo llamado Aprica, al norte, en Los Alpes italianos. Y eso fue lo que eligieron.

Las dos familias salieron a tiempo de Rab, pues la paradisíaca isla del Adriático será transformada en un espantoso campo de concentración a partir de julio de 1942.

Después se conocerá que los abuelos maternos de Desirée, Julius y Fanny, fueron capturados y llevados a ese campo de concentración, cuyas condiciones extremas llevaron a Julius a la demencia y luego a la muerte.

Los nazis, que tomaron control de Rab en septiembre de 1943, deportaron a Fanny con destino a Auschwitz, el tristemente célebre campo de concentración de la Polonia ocupada por Alemania, actual territorio de Bielorrusia. Fanny murió en el trayecto, cuando iba en un vagón de ganado atestado de seres humanos privados de libertad. Su cuerpo terminó siendo arrojado a un costado del ferrocarril³.

Los Poljak Bauer, por su parte, tomaron el ferry hasta tierra firme y luego varios trenes los llevaron, sin inconvenientes, por Trieste y Venecia, a través de Milán, y después hacia Roma y Salerno, en el sur, según el recorrido descrito por Yanka en sus memorias.

³ Hilos página 59.

Maja, por su lado, recordará mucho después la sorpresa de los italianos cuando tomaron sus datos en Melfi:

—¿Ustedes cuatro saben leer y escribir? ¡No puede ser!

Los recién llegados alquilaron una habitación a una familia campesina. Las insalubres condiciones domésticas desconcertaron a los Poljak Bauer, acostumbrados como estaban a una vida de comodidades. No soportaron mucho tiempo allí. Con dinero de las raquetas lograron alquilar un apartamento pulcro y equipado, con piano incluido, donde vivieron por ocho meses.

Tenían prohibido salir de la aldea y mi abuelo Milan, como jefe de la familia, debía reportarse todos los días a las 12m en la estación de policía.

—Poco después de mudarnos escuchamos que el tío Rudolf fue arrestado con otros abogados y lo asesinaron en Jasenovac, un campo de concentración malvado que incluso horrorizó a los nazis —escribe Yanka.

El campo de Jasenovac fue abierto por los *ustachas* en agosto de 1941. Miles de serbios, judíos, gitanos y partisanos murieron allí. Aunque las comparaciones puedan resultar odiosas, algunos autores coinciden en que Jasenovac fue “aún peor que Auswitch”.

Ubicado a 100 km de Zagreb, Jasenovac se mantiene como sitio de memoria por las víctimas del fascismo.

Una antorcha gigantesca de concreto, levantada en tiempos de Tito, se yergue frente a un lago. Un museo con fotografías, videos, documentos, objetos y nombres, muchos nombres, da cuenta del horror consumado en aquellos espacios.

Un tren, restaurado por el Ministerio de Cultura de Croacia, recuerda la llegada de miles de seres humanos muertos en vida.

Un libraco, disponible para la revisión del visitante, reúne miles de nombres en orden alfabético⁴.

En Melfi un cartero italiano entregó a los Poljak Bauer una carta triste desde Zagreb.

—Mi abuelo [Bela] había salido a caminar y nunca regresó —refiere Yanka.

⁴ En el libro de víctimas de Jasenovac no aparecen los nombres de Rudolf Poljak ni de Bela Pollak. En el caso de Rudolf, su primo en primer grado Egon Moster lo reportó como asesinado en Jasenovac en la base de datos judía de Yad Vashem en Jerusalén en 1999, según datos recabados por el genealogista judío venezolano Meyer Magaricci.

Milan leyó la carta y salió ensimismado hacia la comisaría, como de costumbre, y al regresar a casa se quedó absorto y alejado de las mujeres de la casa.

Nunca se supo cómo murió Bela ni adónde fue llevado vivo o muerto.

Luego llegó desde Hungría otra noticia que los consternó. A Óskar, primo de mi abuela Klara Bauer, lo fulminó de un disparo un oficial alemán.

—¿Y por qué lo mataron?

—Porque sí. Sólo por gusto.

A pesar de estas terribles noticias, los ocho meses en Melfi fueron relativamente tranquilos para los Poljak Bauer, especialmente para mi abuela Klara.

—Sin sus peluqueros, modistas y mucamas, y todos los elementos estresantes de su vida anterior, mi madre se había vuelto más saludable y más relajada —comenta Yanka.

Maja, mi madre, lo recordará como un período difícil, “aunque no como en Yugoslavia”.

—Había mucha escasez, no sólo para quienes estábamos allí confinados, sino también para los campesinos. No teníamos azúcar, agua, ni esas cosas. Además, mi papá no podía trabajar en Italia, así que vivíamos de lo que había traído consigo. Aún así recuerdo que vivíamos pobres, pero no con la misma angustia que en Yugoslavia. Nunca igual⁵.

La guerra, que todo lo alcanza, terminó por tocar la puerta de aquel oasis. Llegado el momento se hizo inminente un ataque de los aliados contra la Italia fascista desde el sur, lo cual tornó a Melfi un lugar peligroso.

Entonces mis abuelos llegaron a la conclusión de que debían salir hacia un país neutral. Se decidieron por España y consiguieron permiso para viajar a Roma, donde solicitarían visas para viajar a Madrid. Formalmente, el gobierno español había adoptado una postura de neutralidad, a pesar de la conocida afinidad de Francisco Franco, “caudillo por la gracia de dios”, con el nazi-fascismo.

En Roma pasaron los Poljak Bauer varias semanas. El consulado español les emitió visas de inmediato, pero no había cupo en vuelos comerciales, así que tuvieron tiempo de sobra para pasear por la capital italiana y lanzar monedas en la Fontana di Trevi.

⁵ Entrevista Luis Eloy Pacheco. Cátedra Taller de Redacción I, Escuela de Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela. Relato – Testimonio. “La historia de Maja”.

El dinero en efectivo se les acabó y Milan tuvo que descender a los bajos fondos romanos para vender uno de los diamantes de Klara. Finalmente, lograron subirse, billetes en mano, a un incómodo avión de carga, el primero que tomaron en todas sus vidas.

En España, los Poljak Bauer llegaron a un hotel donde se alojaban otras familias provenientes de Croacia, con muchos niños y jóvenes contemporáneos con Yanka y Maja. Cada una encontró con quién compartir y entablar relación más allá del núcleo familiar. Y sucedió lo inevitable: mi madre comentó a esos jóvenes sobre sus ideas comunistas y ellos se lo contaron a sus respectivos padres. Estos, a su vez, se lo reclamaron a Milan, mi abuelo, quien reprendió bruscamente a mi joven madre por su impertinencia.

—El comunismo —recuerda Yanka— era una mala palabra en la España del general Franco y mi padre no quería que nadie supiera que su hija era enemiga del Estado.

En la España franquista, a diferencia de la Italia fascista, los Poljak Bauer volvieron a ver las svásticas de oficiales alemanes.

—Ahora estábamos en una ciudad llena de ellos. Fue bastante aterrador. En un minuto yo tenía miedo de que nos agarraran y en el otro quería llamar a uno de ellos y preguntarle qué había hecho con mi abuelo —refiere Yanka.

Para el momento ya estaba claro que Alemania y sus satélites habían emprendido una política de eliminación masiva de judíos y algo le decía a los Poljak Bauer que no debían permanecer en España indefinidamente.

—Franco era un fascista en ropa neutral y mis padres se sentían incómodos en un país que en cualquier momento podría unirse a la guerra del lado de Alemania.

Barajaron distintas opciones para escapar. EEUU entró en el radar, pero este país había restringido la inmigración, según apunta Yanka. Para entonces Inglaterra estaba siendo sometida a bombardeos alemanes, de modo que ni siquiera la consideraron una opción.

—Varias personas habían ido a América del Sur, pero eso realmente sonaba como el fin del mundo. Antes de la guerra, la gente se iba a vivir allí solo si habían cometido alguna deshonra de regreso a casa — escribe Yanka.

Entonces entró a escena un amigo de mi abuelo, de nombre Leo, quien le escribió desde un país suramericano llamado Venezuela, donde llevaba instalado varios meses y la estaba pasando francamente bien.

—En Venezuela es fácil ganar dinero y las chicas son encantadoras —escribió Leo, quien sólo objetó que las mujeres siempre salen a comer con un acompañante. Él, contó, se había entusiasmado con una joven viuda, la invitó a cenar y ella se apareció con una tía.

Ninguno conocía todavía la palabra “chaperona” ni la acepción venezolana de “lamparita”.

En la evaluación también barajaron Argentina y Brasil, adonde había huido Aladar, el primo de Klara Bauer.

— Pero Venezuela parecía el más próspero y menos remoto de estos lugares.

Leo, el amigo de Milan, había prometido ocuparse de los trámites burocráticos y ayudarlos en todo cuanto fuese necesario una vez que estuvieran en suelo venezolano.

—Venezuela era el gran favorito y fue agradable pensar que [Leo] estaría allí para recibirnos en su brillante auto estadounidense. Así fue [decidida] Venezuela.

Ninguno sabía dónde estaba ubicado exactamente ese país y se reunieron alrededor de un atlas para buscarlo.

—Me imaginé viviendo en una cueva como Robinson Crusoe con un gran automóvil estacionado afuera —escribe Yanka.

Pero no podían salir del nido de nazi-fascistas en España sin antes recuperar las joyas de mi abuela Klara resguardadas en una caja de seguridad en el sur de Francia.

Llegar hasta allá era misión imposible, puesto que ese lugar ahora estaba bajo control de colaboracionistas franceses aliados de Alemania. El mariscal Phillipe Pétain encabezaba un gobierno instalado por los nazis en la pequeña ciudad turística de Vichy, después de la capitulación francesa de 1940.

A mi abuelo Milan se le ocurrió buscar a algún sacerdote católico que, envuelto en su sotana, estuviese dispuesto a hacer el viaje a cambio de una recompensa. Visitó varias iglesias hasta que dio con el indicado. El hombre aceptó la oferta. Iría con los papeles necesarios a localizar la caja con las joyas. Una cuarta parte de éstas quedarían en sus manos para destinarlas, según dijo, a reparaciones en el templo.

El sacerdote emprendió largo viaje, con tramos a pie en pleno invierno por Los Pirineos. Pasaron semanas y las dudas inquietaban a mi abuelo.

—¿Será que algún día volveremos a ver al cura y las joyas? — se preguntaba Milan.

El alma le volvió al cuerpo a cuando, 15 días antes de la fecha prevista para partir hacia Venezuela, apareció el sacerdote con la caja en las manos y una sonrisa en el rostro.

Sólo que ahora, después de mil peligros durante el viaje, el hombre elevaba la aspiración de recompensa de la cuarta parte convenida inicialmente hasta el 50% de las joyas.

Milan aceptó.

—Nadie sabe con certeza cuánto del recorte adicional se destinó al fondo de restauración de la iglesia, pero el sacerdote agradecido le dio a mi padre un pergamino con la imagen de la Virgen María. Estaba dedicado a su leal amigo, el señor Milan Poljak y a su familia, con el deseo de que el corazón de la Virgen los llevara al de Cristo. Todavía lo tengo. Está fechado el 5 de marzo de 1943, dos semanas antes de la fecha de salida —refiere Yanka.

Los Poljak Bauer aprovecharon los 15 días restantes para visitar Sevilla, camino al puerto de Cádiz, donde debían abordar el buque *Cabo de Hornos* con destino a Puerto Cabello, el principal puerto marítimo venezolano, a 210 km de Caracas.

Mi abuela Klara propuso aprovechar la estancia en Sevilla para conocer lugares representativos de los ocho siglos de presencia árabe en la actual España, que en los tiempos de los califas se conocía como *Al-andalús*.

—Veamos los vestigios de una civilización antigua antes de irnos a vivir a la selva —dijo Klara en alusión a la lejana Venezuela.

Maja, mi madre, será la única de todos ellos que conocerá una selva de verdad, cuando, en la década siguiente, años 50, montó a sus hijos en un avión rumbo al Amazonas para estar cerca de su esposo, Cruz Villegas, comunista como ella y por esa razón confinado entre indígenas yanomami, piaroa, jivis y curripacos, entre otros, por la dictadura de Marcos Pérez Jiménez.

Una vez en Cádiz, ocurrió un episodio que terminó de convencer a los Poljak Bauer de abandonar cuanto antes aquella España “neutral”.

Cuenta Yanka que allí coincidieron con varios judíos holandeses que tenían boletos para abordar su mismo barco, el *Cabo de Hornos*.

—Eran un grupo amigable y coquetearon con Maja en los balcones contiguos de nuestro hotel. La noche antes de que zarpáramos, desaparecieron.

Al preguntar por ellos, un empleado del hotel le dijo a Milan:

—La policía de Franco se los llevó para entregarlos a los nazis.

Entonces la selva en Venezuela le pareció a mi abuela Klara bastante menos temible que aquel jardín.

Cuando se disponían a abordar el *Cabo de Hornos*, Maja recordó cuando, en compañía de una amiga, caminó mucho más allá de las riberas del río Sava, en Zagreb, para indagar sobre el futuro con una gitana. La mujer leyó un juego de cartas y le dijo muy seria:

—Harás un largo viaje y tendrás muchos hijos.

Los gitanos de Croacia serán también exterminados por los *ustachas*, quienes, al igual que sus amigos nazis, los consideraban seres inferiores, un peligro para la pureza de la sangre aria y la integridad del pueblo croata.

La travesía demoró un mes, es decir, una eternidad. Primero hubo mal tiempo y mucha gente mareada. Después mejoró y los pasajeros pudieron subir a cubierta para combatir el aburrimiento con juegos y pasatiempos.

El *Cabo de Hornos* era un buque de segunda mano adquirido por la naviera española Ybarra & Cía a la compañía estadounidense American President Lines para atender el flujo migratorio desde España hacia América del Sur, intensificado a partir de la guerra civil española. Con 163 metros de eslora, era el trasatlántico de mayor porte en esa ruta. Pertenecía a una familia de “buques de la emigración” fabricados en Nueva York para transporte de tropas en la primera guerra mundial. Cabían 3 mil soldados, 165 tripulantes y 4 mil metros cúbicos de carga. Su construcción demoró hasta julio de 1921, cuando ya había terminado el conflicto, y fue adaptado para usos civiles⁶.

Inicialmente se llamó *Empire State*, en tributo al más alto rascacielos neoyorquino —todavía no erigían las malogradas Torres Gemelas—, y luego *President Wilson*. Después fue abanderado en Panamá como *María Pepa* y al poco tiempo registrado como *Cabo de Hornos*, nombre con la cual navegará hasta 1959, cuando lo desguazaron en la provincia española de Avilés, luego de 192 viajes por el Atlántico en 39 años de vida marinera⁷. Tenía un buque

⁶ <https://envisitadecortesia.com/2021/01/23/el-principio-y-el-fin-del-transatlantico-cabo-de-buena-esperanza/>

⁷ Durante la segunda guerra mundial el Cabo de Hornos cumplió diversas tareas, además del transporte de emigrantes y refugiados. En 1942 llevó hasta Lisboa a 115 diplomáticos alemanes procedentes de varios países de América del Sur, donde fueron canjeados por suramericanos internados en Alemania y los países ocupados. Posteriormente, rescató a 116 supervivientes de tres buques mercantes brasileños que fueron hundidos por submarinos alemanes. En enero de 1943 embarcó en Buenos Aires al agregado naval de la Embajada de Alemania, quien había sido expulsado por el Gobierno argentino. <https://vidamaritima.com/2012/10/cabo-de-hornos-y-cabo-de-buena-esperanza-2/>

gemelo, con una historia similar, llamado *Cabo de Buena Esperanza*. Entre los 20 mil documentos del *Cabo de Hornos* que reposan en el Archivo Naval de Sevilla debe estar la lista de pasajeros de marzo-abril de 1941, con los nombres de los Poljak Bauer⁸.

Maja lo recordará como un barco grandísimo y nada lujoso.

— Nosotros viajábamos en tercera clase y en las noches dormíamos uno sobre el otro en camas literas.

Ella, como otros pasajeros, tuvo tiempo de sobra para reflexionar sobre lo vivido y fantasear sobre el futuro anticipado por la gitana de Zagreb mientras contemplaba la inmensidad del mar.

El *Cabo de Hornos*, capitaneado por un oficial español de apellido Losada, atracó en Puerto Cabello, principal muelle de Venezuela, en una fecha festiva para los venezolanos: el 19 de abril de 1943, cuando se celebraban 132 años de la expulsión del capitán general español Vicente Emparam, en el prelude de una larga revolución de Independencia.

Al descender a tierra, los Poljak Bauer quedaron contrariados al constatar que Leo y el carro estadounidense brillaban por su ausencia.

Un telegrama informó a Milan Poljak que su amigo estaba enfermo, de modo que él y su familia debían arreglárselas por sí mismos para tomar un tren a Caracas y luego un taxi hasta su destino provisorio: una pensión regentada por una pareja de austríacos.

Para entonces Yanka nunca había visto ninguna persona de piel oscura, salvo un boxeador que enseñaba a los croatas a pelear con guantes en un ring de Zagreb.

—Me sorprendió ver tanta gente de aspecto exótico.

Mi tía, al igual que sus padres y Maja, habían pasado suficientes meses en España como para dominar con fluidez el castellano. Pero en Venezuela les costó, de entrada, comprender el habla de los venezolanos.

—Su idioma estaba destinado a ser español, pero era difícil entender lo que decían porque dejaban la mitad de sus palabras sin terminar.

El próximo tren a Caracas salía al día siguiente, así que se alojaron en un hotel con vista al puerto.

En el kiosco más cercano, los Poljak Bauer pudieron constatar que la guerra de la que huían predominaba en las portadas de ese 19 de abril en Venezuela:

“Los aliados se preparan para expulsar al Eje de Noráfrica”, tituló a grandes letras *El Universal*, que en otra nota recoge un pronóstico del secretario de Marina de EEUU, coronel Frank Knox:

—La guerra durará dos o tres años más.

El diario informó que la Unión Soviética causó 6 mil bajas al enemigo, en Kuban, una región de Rusia ocupada por los nazis.

James Doolittle, otro jefe militar estadounidense, aparece diciendo:

—Japón sólo podrá ser derrotado con ataques aéreos directos sobre sus territorios.

El Herald, en su nota principal:

—Seis grandes buques del Eje hundidos en el Mediterráneo.

Más abajo:

—Los rusos presionan violentamente contra Novorossisk. Prosiguen los ataques de la aviación roja contra las grandes ciudades del Este de Alemania.

Y en nota pequeña:

—Hitler se entrevista con altos funcionarios de países ocupados.

El jefe nazi había recibido en Berlín a su socio Benito Mussolini y también a Nickolas Horthy, regente de Hungría, el rey Boris de Bulgaria y el primer ministro de Rumania, Ion Antonescu, en preparación de un posible ataque aliado en Los Balcanes.

La Esfera:

—Las fuerzas aliadas llegaron ayer a 25 millas de Túnez.

En ese periódico aparece citado el general Charles De Gaulle, líder de la resistencia francesa:

—Ninguna parte del mundo ha mostrado a la Francia que sufre y combate una simpatía más ardiente que la América Latina. Francia se yergue.

El diario *Ahora*:

—Aproxímase gran ofensiva rusa contra las posiciones de Von Lits en Tamán.

Continúa la ofensiva aérea contra Alemania y los países ocupados.

Sólo *El Tiempo* dedica su titular principal y varias fotos a una noticia nacional:

—Instalado el Congreso.

Allí se informa que la directiva del Parlamento notificó de su instalación al presidente de Venezuela, general Isaías Medina Angarita. En esa época los diputados y senadores venezolanos tenían la potestad de designar al Jefe del Estado.

Más abajo:

—Italia bajo implacable castigo de la aviación aliada.

Últimas Noticias, periódico con apenas año y medio de fundado, y donde después trabajará Maja como reportera, también titula sobre la guerra:

—Contragolpes rusos contienen el avance nazi en sector de Kuban.

El diario católico *La Religión* muestra un retrato de Jesús de Nazareth bajo el título “El dolor de Cristo” junto a una nota desatacada que reza “Convoy alemán destruido” y otra pequeña que asegura:

—El nazismo, antítesis de la religión.

Tras el mes de travesía, los Poljak Bauer ya no volverían a sobresaltarse ante svásticas, cruces gamadas y uniformes alemanes, como abundaban en Zagreb y Madrid.

Sólo décadas después, Maja Poljak se estremecerá al paso de un jeep verde oliva tripulado por hombres con uniformes y banderas nazis.

Mi hermana Esperanza sintió su mano enfriarse, temblorosa, mientras el rostro palidecía. Estaban en la Colonia Tovar, poblado agroturístico de arquitectura y stirpe alemana, ubicado a 63 km de Caracas. Allí Maja y sus hijos íbamos cada vez que era posible a degustar un menú no apto para judíos practicantes: rodilla de cochino y repollo agrio, así como fresas y duraznos cultivados por descendientes de colonos alemanes.

Corrían los años 80.

La noche de su llegada a Venezuela, en 1943, Maja Poljak se aterrorizó en el hotel de Puerto Cabello con un espécimen desconocido para ella: una robusta y oscura cucaracha que subía por la pared.

—Me asusté muchísimo. Era la primera vez que veía algo así —confesará Maja muchos años después⁹.

En la mañana, desde el balcón del hotel, vieron cómo el *Cabo de hornos* desaparecería en el horizonte.

⁹ Entrevista de Luis Eloy Pacheco.

—Ahí va nuestro último vínculo con Europa — suspiró Klara Bauer, mi abuela.

En el desayuno, en lugar de pan, mermelada y café, les sirvieron un plato de “frijoles negros en salsa negra” (caraotas) “y una siniestra bebida gaseosa negra llamada Coca Cola”, según recuerda Yanka.

Subieron al tren, que se empinó hacia Valencia, capital del estado Carabobo, a su máxima velocidad: 20 km por hora.

Desde el vagón apreciaron las variedades del color verde —el favorito de Maja— en los 210 km que separan Puerto Cabello de Caracas.

Pasaron por San Blas, Los Guayos, Guacara, San Joaquín, Mariara y La Cabrera, desde donde observaron las todavía limpias aguas del Lago de Valencia.

Alcanzaron Maracay, Gonzalito, Turmero, Cagua, San Mateo, La Victoria, El Consejo, Santo Domingo, Las Tejerías y pasaron por cuatro estaciones en tierras de Los Teques (La Begoña, Las Mostazas, Macarao y El Encanto).

Se aproximaron al valle de Caracas por Las Adjuntas y Antúmano hasta llegar a la estación Palo Grande, en Caracas, y de allí a la estación Central, ubicada en Caño Amarillo, muy cerca del Palacio de Miraflores, que conectaba también con el llamado “ferrocarril inglés”, cuyas líneas llegaban a La Guaira, a 27 km de la capital.

Pasaron 86 túneles y 182 viaductos¹⁰.

Iban los Poljak Bauer a bordo del Gran Ferrocarril de Venezuela, también conocido como el “ferrocarril alemán”, pues su construcción fue encargada por el presidente Antonio Guzmán Blanco al alemán Friedrich Alfred Krupp en 1887¹¹.

Este ferrocarril fue la principal inversión de capital alemán en América Latina. Inaugurado en 1894, será nacionalizado por el gobierno de Isaías Medina Angarita por figurar en la “lista negra” de empresas vinculadas al nazismo alemán levantada por el gobierno de EEUU¹².

¹⁰https://web.archive.org/web/20120119004234/http://www.ucla.edu.ve/dac/compendium/revista19/02_Delgado_Manama.pdf

¹¹ Algunos vagones de este ferrocarril todavía se conservan en el Museo del Transporte, en Caracas, así como en el Parque Recreacional El Encanto de Los Teques y en la estación de El Consejo, en el estado Aragua.

¹² El gobierno de EEUU aprovechó la guerra para desplazar a Alemania, su competidor europeo, de los mercados hemisféricos, exigiendo a países de América Latina medidas drásticas que su propio gobierno se cuidó de no aplicar con la misma brusquedad dentro de EEUU para evitar implicaciones en su propio PIB.

Después de medio día de viaje, Poljak Bauer se sorprendieron cuando, al bajar en la estación, vieron al señor Leo, su amigo, sonreído a la espera de ellos en el andén.

—Se había parado de su lecho de enfermo luego de un desagradable caso de diarrea tropical —desliza Yanka.

Leo los llevó a la pensión de los austríacos, cuyas tarifas les parecieron muy baratas. Había muchos refugiados europeos alojados allí. Entre ellos uno que los padres de Maja habían conocido en Zagreb y que, al decir de Yanka, tenía la reputación de ser un “comunista de salón”.

A mi abuelo Milan le preocupó que este personaje reactivara las inquietudes y desmesuras políticas de Maja, que parecían controladas por aquellos días.

Pero, para su alivio, aquel comunista le causó mala impresión a mi joven madre.

—Él es un falso —sentenció Maja.

El 8 de septiembre de ese año, 1943, Italia fue partida en dos, pues los aliados tomaron control del sur y los alemanes del norte.

Antes de que los alemanes ocuparan su pedazo, la prima Desi y su esposo Herman huyeron junto con otros judíos de Aprica, en Los Alpes, donde estaban bajo *confino libero*.

Atravesaron a pie las nevadas montañas rumbo a la frontera con Suiza, país que fiel a su tradición proclamó neutralidad tanto en la primera como en la segunda guerra mundial.

Así se salvaron Desi y Herman de caer en manos de los nazis, pero no de otra experiencia terrible, que marcará sus vidas para siempre.

El trato que le dieron los suizos distó mucho de merecer el adjetivo humanitario.

Los jóvenes esposos fueron depositados en campos de trabajo forzado, en situación de esclavitud, y segregados por sexo. No tenían más opción que aceptar tales condiciones, pues de lo contrario serían lanzados por sus anfitriones a las garras alemanas.

Sólo si tenías niños podías optar por el alojamiento en casa de una familia de acogida. Al saber esto, Desi se las arregló para quedar embarazada de Herman y al cabo de nueve meses trajeron al mundo a su hijo Dan Hoffman¹³.

El bebé será la llave que les abrirá puertas para completar su huida hasta Colorado, EEUU. En aquella ciudad nortamericana Desirée celebrará sus 100 años de edad el 18 de

¹³ Dan Hoffman es autor del libro *Threads. The fabric of family lives pulled apart by war* (Hilos. El tejido de una vida familiar destrozado por la guerra), de cuyas páginas se nutren estas otras.

abril de 2021 con una videoconferencia en la que participamos un centenar de familiares suyos, lejanos y cercanos, desde distintos países del globo.

En la pensión de los austríacos, el señor Leo explicó a los Poljak Bauer cómo era ese país semi-rural al que habían llegado.

—Venezuela es un país rico en petróleo. Muchos venezolanos viven en chozas, en la pobreza, pero otros manejan bastante dinero.

El cuadro que Leo pintó no les resultaba extraño, pues los grandes contrastes también formaban parte del paisaje social de Yugoslavia: las mayorías en aldeas campesinas atrasadas y franjas de opulencia en las ciudades. Sólo que allá todos eran blancos (ricos y pobres) y aquí la pobreza tenía predominante piel oscura.

—Aparte de la próspera industria petrolera, casi no existe manufactura local. Prácticamente todo lo importan desde EEUU, pero ahora con la guerra los productos norteamericanos ya no se consiguen igual que antes.

—¿Y qué nos recomiendas? ¿Cuál será un buen negocio aquí? —preguntó Milan.

—Los venezolanos están ansiosos de comprar cosas. Piensen en algo que puedan fabricar y estoy seguro de que podrán venderlo.

Mi abuela Klara se fijó en unos bolsos de piel que habían traído desde Zagreb, bastante coquetos, con flores de cuero pintadas de colores.

—¿Esto le gustará a las venezolanas?

—Pues, ¡claro que sí! Inténtalo y verás.

El reto la entusiasmó.

Klara pidió a Milan ubicar materia prima en Caracas, lo cual resultó sorpresivamente sencillo, y a los pocos días, con auxilio de un artesano venezolano del cuero, estuvieron listas bonitas muestras de bolsitos croatas *made in Venezuela*.

Mi abuelo Milan hizo de vendedor ambulante.

Con su elegancia y acento de *musiú*¹⁴ visitó numerosas tiendas de Caracas, mostrando las coloridas piezas de cuero a dueños y dependientes.

Regresó a la pensión con una sonrisa de oreja a oreja.

—Adivinen algo.

¹⁴ Explicar *musiú*

—¿Qué?

—¡Traigo docenas de pedidos!

Por primera vez en sus vidas, los Poljak Bauer se dispusieron a ganar el pan con el sudor de su frente. Los austríacos de la pensión les facilitaron una mesa donde los cuatro cosieron, una tras otra, docenas de carteras de cuero. Cuando la mercancía se convirtió en dinero, mi abuelo lo colocó todo sobre la misma mesa, donde contaron billete a billete una y otra vez.

La semana siguiente observaron en la calle a una niña venezolana, de piel morena, con un vestido rosado y uno de los coloridos bolsos croatas al hombro.

—Eso era lo que mis padres esperaban —escribe Yanka.

Al poco tiempo dejaron atrás la pensión y se mudaron a un apartamento en la calle Paraíso de San Bernardino, una urbanización recién construida al pie de El Ávila, la majestuosa montaña al norte de Caracas. El edificio de tres pisos destacaba entre los demás por tres grandes iniciales que lo coronaban: SAC. Perpendiculares a la calle corren las aguas, entonces límpidas, de la quebrada Catuche.

—Pagábamos 400 bolívares mensuales —recordará Maja.

San Bernardino fue levantada en 1939 sobre tierras de una hacienda de café.

En su tradición económica monoexportadora, el café llegó a ser principal producto de exportación de Venezuela, en sustitución del cacao, y luego será desplazado a su vez por el petróleo.

Los propietarios de la hacienda, Alberto F. y Alfredo Vollmer, nietos de un alemán emigrado a Venezuela en 1826, se asociaron con Julio Blanco Ustáriz y Alfredo y Oscar Augusto Machado, para la construcción del proyecto que encargaron al arquitecto francés Maurice Rotival¹⁵.

Los periódicos publicaban avisos promocionando San Bernardino como nueva opción residencial: “Aire, parques, árboles, agua viva de vertientes. En sus terrenos uno de los primeros colegios de Caracas y el mejor hotel de Venezuela. Las quintas más hermosas.

¹⁵ San Bernardino fue la primera urbanización que rompió con el esquema cuadrangular para el trazado de calles propio de la Caracas colonial (el “damero” o “cuadrícula española”), con amplias áreas arborizadas, plazas, bulevares y respeto por el cauce de las quebradas ríos o riachuelos de caudal variable, según las lluvias provenientes de El Ávila. Entre los años 50 y 60 proliferarán, sin planificación, barriadas populares en torno a esas quebradas, expuestas a cíclicos desbordamientos e inundaciones.

Las avenidas más amplias. El barrio residencial más selecto y próximo al centro. Oficinas en Caracas: Conde a Carmelitas, 2-1. Teléfono 22.236. En San Bernardino: teléfonos 20.136 y 8.683”.

Inicialmente San Bernardino fue diseñada con casas unifamiliares en terrenos de aproximadamente 500 metros cuadrados.

—El proyecto buscó satisfacer la demanda de la pequeña burguesía naciente, que surge de los efectos de la transformación petrolera de nuestra economía, que anhelaba vivir en quintas (idea de casa aislada rodeada de vegetación, sin tener que ‘sufrir’ el ruido de la aglomeración urbana), pero que a la vez no podía costear las grandes casas o palacetes que se habían construido en El Paraíso, o se construían en el Country Club, Los Chorros y en cierto modo en La Florida” —explica el experto Carlos Miguel Balladares en su texto *El desarrollo urbano de la parroquia San Bernardino*¹⁶.

Para cuando se instalan Maja y su familia en el edificio SAC acababa de construirse el Centro Médico, uno de los muchos establecimientos de salud que se levantarán en la zona, el hotel Ávila, la sede de la petrolera Shell y el edificio Titania, asiento de embajadas y consulados. Posteriormente, la comunidad judía se expandirá en San Bernardino con la construcción del colegio "Moral y Lucas Herzl-Bialik" en 1952 y de la Unión Israelita de Caracas en 1961.

El arribo de inmigrantes europeos modificó el proyecto urbanístico. La mayoría eran italianos y españoles, “pero también un grupo de judíos ashkenazies provenientes de Alemania, Austria y Polonia, entre otros países”, apunta Balladares.

—Estos inmigrantes estimularon la demanda de la vivienda multifamiliar, lo cual llevó a la construcción de algunos edificios de poca altura: 3 a 6 pisos, con amplias zonas comunes y la planta baja ocupada por comercios, principalmente en las zonas más cercanas a la avenida principal (avenida Vollmer), la zona baja de San Bernardino.

Los Poljak Bauer prosperaron con su negocio y Milan consiguió un segundo apartamento en el mismo edificio SAC, donde instaló un taller para la fabricación de bolsos de cuero, apoyándose en el gusto europeo de Klara y la destreza de un maestro artesano venezolano, al que pagaban por sus servicios.

¹⁶ http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-94962009000200005&lng=es&nrm=iso&tlng=es

Se corrió la voz en Caracas sobre los bellos artículos de piel que estos yugoslavos fabricaban en San Bernardino. La producción se diversificó y vendían productos de lujo, de calidad internacional, en pieles de cocodrilo, lagarto, serpiente e incluso de becerro no nato.

—Nadie en esos días se preocupaba mucho por los animales —reflexiona Yanka.

A diario visitaban a mi abuela Klara respingadas damas de la alta sociedad caraqueña, algunas en carros Cadillac con chofer, ávidas todas de aquellos bolsos y cinturones de cuero tan *chic*.

Maja, mi madre, quiso terminar en Caracas el bachillerato que había dejado inconcluso con muy buenas calificaciones en Zagreb, para luego ir tras su viejo sueño de estudiar medicina en la universidad.

De chiquitica cuando le preguntaban qué quería ser cuando creciera, respondía invariablemente:

—En la mañana seré cocinera y en la tarde doctora.

Tenía ya 18 años cuando en San Bernardino su papá le cortó las alas.

—No, hija. Tú ya estás en edad de trabajar.

—¡Pero, papá! ¡Me falta un solo año para terminar el bachillerato!

—¿Y si nos sucediera algo malo a tu mamá o a mí? ¡No podemos correr ese riesgo!

A regañadientes, Maja entró a trabajar en una empresa de importación y exportación como secretaria. Ella aborrecía ese oficio, para el cual, sin embargo, tenía cierta fortaleza por el dominio de varios idiomas.

—De ahí me botaron porque me equivocaba demasiado al escribir a máquina —contará entre risas mucho después.

A instancias de su padre, Maja se inscribió en una escuela de taqui-mecanografía. Allí aprendió a escribir a máquina sin mirar el teclado. Para ello, las instructoras tapaban con adhesivo negro las letras a las que correspondía cada tecla.

También la adiestraron en la escritura taquigráfica, una técnica de abreviaturas y signos que permite tomar notas a la misma velocidad en que habla una persona. Estos signos y abreviaturas serán indescifrables para el común.

—Al fin y al cabo eso me vino muy bien, porque así hoy puedo escribir sin que nadie sepa lo que escribo —comentará Maja décadas más tarde.

En un momento determinado, estabilizados ya en el edificio SAC, el negocio de los artículos de cuero declinó y Milan y Klara optaron por la venta de artículos importados en una tienda a la que dieron por nombre “Vesna”, es decir, “primavera” en su idioma natal.

A todas estas, a la bella Maja le salió un pretendiente. Era de nacionalidad suiza y accionista de una empresa de producción de alimentos. El partido perfecto a los ojos de la familia.

—Mi papá quería que yo me casara con él, pero a mí nunca me gustó. Por eso no quise casarme.

Maja consiguió un empleo en la Embajada de Bolivia, donde transcribía la correspondencia que le dictaba el embajador boliviano. Un trabajo bastante aburrido para una joven inquieta y rebelde.

Pronto despertará en ella la pasión por otro oficio que siempre le había llamado la atención, aunque no tanto como la medicina, desde la temprana adolescencia: el periodismo.

Su primer artículo aparecerá publicado en *El Mundo Israelita*, periódico de la comunidad judía en Venezuela, y otro en el periódico *Ahora*.

Luego en *Últimas Noticias* ejercerá como reportera.

Buena parte de sus compañeros, incluido el director, Kotepa Delgado, eran comunistas, como ella.

Este diario fue inaugurado el 16 de septiembre de 1941 como una cooperativa de trabajadores. Tenía sede en el primer piso del antiguo Teatro Princesa, convertido en el Cine Rialto a partir del 29 de abril de 1943.

Su ubicación, al igual que la vista desde sus seis ventanales, es privilegiada: en todo el frente de la plaza Bolívar de Caracas, entre las esquinas de Monjas y Principal.

—En aquella época la suerte de Venezuela dependía de lo que ocurría en la intimidad de Miraflores y de lo que se veía en la plaza Bolívar —apuntará Óscar Yánez, uno de sus primeros reporteros, en el libro *Caracas vista desde las ventanas del Rialto*.

Por azares del destino, décadas después, entre 2009 y 2012, me correspondió a mí, el hijo menor de Maja Poljak, fundar y dirigir un periódico en ese mismo edificio donde trabajó la joven inmigrante yugoslava.

Se trata de *Ciudad CCS*, un diario gratuito ideado y editado por el entonces alcalde de Caracas, Jorge Rodríguez, el cual llegó a distribuir 150 mil ejemplares por número bajo el lema “Revolución a diario”. Allí conoceré a una joven reportera cuyo nombre me vibró de entrada: Klara Aguilar.

—Mi abuela se llamaba así como tú: Klara, con k —le dije apenas tuve ocasión.

Cupido hizo de las suyas. Surgió un romance, nos enamoramos y ahora es mi esposa, madre múltiple de mis dos hijos menores: Emiliano y Ezequiel, a quienes robo tiempo para escribir estas líneas. Mi hijo mayor, Santiago, producto de mi primer matrimonio, pasará una parte de su infancia correteando por aquellos pasillos, entre periodistas, fotógrafos y diseñadores.

Además de su trabajo en *Últimas Noticias*, Maja, mi madre, se incorporará al semanario *Aquí Está*, fundado en 1942 bajo la dirección de otro comunista, Ernesto Silva Tellería. Tenía sede a pocas cuadras de allí, entre las esquinas de Pelota y Punceres, número 22-B. En esta otra publicación Maja cobrará notoriedad y asumirá tareas mucho más allá de la máquina de escribir.

—Allí aprendí a redactar, a imponer el periódico y corregirlo en el mismo plomo —recordará Maja, en alusión a las letras metálicas de las prensas antiguas con las cuales se imprimían los periódicos de la época.

De conseguir papel para la impresión también se ocupó mi joven madre.

—En esa época escaseaban las bobinas de papel y con mucha frecuencia Juancito (un empleado de *Aquí Está*) y yo íbamos en camioneta de un periódico a otro a tratar de conseguir prestada una bobina, cosa que casi siempre ocurría.

El semanario *Aquí Está* fungía como vocero del Partido Comunista de Venezuela, aun cuando ese partido, fundado en la clandestinidad en 1931, carecía de existencia legal, en virtud del inciso sexto del artículo 32 de la Constitución, que prohibía las actividades y la propaganda comunista.

La prohibición fue establecida en 1931, luego de protestas estudiantiles de 1928 contra la dictadura del general Juan Vicente Gómez. A la muerte de éste, en 1936, lo sucedió otro general, Eleazar López Contreras, quien aplicó la norma para perseguir las ideas revolucionarias. López Contreras entregó el mando en 1941 a su ministro de Guerra

y Marina, el también general Isaías Medina Angarita, quien para sorpresa de propios y extraños rompió con la tradición anticomunista de sus antecesores.

Poco antes de ser derrocado, en 1945, Medina derogó el inciso sexto mediante una reforma constitucional, y durante los años precedentes permitió a los comunistas hacer vida pública en partidos políticos, sindicatos y órganos de prensa, aunque sin que pudieran proclamarse como tales para no contravenir la Constitución.

Medina no era comunista, ni mucho menos, pero sí hombre de mentalidad amplia y democrática, que impulsaba un proyecto modernizador de la sociedad y la economía, privilegiando el interés de Venezuela frente a los de las compañías petroleras transnacionales.

A pesar de su juventud, Maja cobrará relevancia con sus escritos en *Aquí Está*, donde firmaba con el pseudónimo “Vera”¹⁷. Su nombre eslavo, Maja, muy común en la antigua Yugoslavia, traduce “María”. Entre sus compañeros le decían “María Vera”.

El semanario funcionaba en el mismo local donde se reunía el Buró Político del todavía ilegal PCV, que integraban Juan Bautista Fuenmayor como secretario general, Ricardo Arturo “Rolito” Martínez y Ernesto Silva Tellería, quien además de director del periódico era abogado en ejercicio, con despacho en aquellas mismas oficinas.

El periódico ocupaba el segundo piso y la jefatura del partido el tercero. Una librería con literatura revolucionaria completaba los usos múltiples del inmueble.

Guillermo García Ponce, en su prólogo al libro *Maja, anecdotario*, recuerda que él, entonces un joven militante de una célula del PCV en la parroquia La Pastora, tenía la tarea de acudir todas las semanas a la sede de *Aquí Está* para retirar ejemplares del periódico con el propósito de venderlos entre los obreros.

—Así conocí a María Vera, digo personalmente porque mucho antes había leído sus artículos en las páginas de *Aquí Está*. Eran artículos, más bien reportajes, sobre la lucha de los pueblos contra el fascismo.

Para el momento Hitler tenía avasallada a Europa. Mi madre, recuerda García Ponce, “describía las atrocidades del fascismo y la heroica resistencia de los pueblos”.

¹⁷ Varios artículos de Maja, firmados como Vera en *Aquí Está*, fueron recogidos por Ramón J. Velásquez en la Colección del Pensamiento Político Venezolano del siglo XX, editada por el Congreso de la República.

—Era lo primero que leíamos cuando abríamos las páginas del periódico. Su estilo era directo y convincente. Conmovía su descripción sobre las hazañas de la guerra antifacista y su seguridad en la victoria final.

García Ponce imaginaba a María Vera como una corresponsal de guerra que remitía sus escritos desde el otro lado del mundo.

—Un día, al entrar a la oficina de Ernesto Silva Tellería, vi a una joven esbelta, pelo rojizo, casi corpulenta, de alegre semblante, que conversaba con Juan Bautista Fuenmayor y otros dirigentes del partido.

—¡Esa es María Vera! —le dijeron.

Entonces, cuenta García Ponce, se quedó examinándola fijamente “con toda la admiración y curiosidad propias de un joven comunista de los años cuarenta”.

Más adelante, en 1945, una vez finalizada la guerra, García Ponce visitó la tierra natal de Maja, invitado por jóvenes comunistas yugoslavos con quienes coincidió en eventos internacionales previamente realizados en Londres y Praga. En la capital británica asistió al nacimiento de la Federación Mundial de Juventudes Democráticas (FMJD) y en la checoslovaca a la de la Unión Internacional de Estudiantes.

En Yugoslavia el joven comunista venezolano fue llevado a conocer escenarios donde poco tiempo atrás se libraron batallas y actos de heroica resistencia frente al nazismo y sus colaboracionistas locales.

Visitó García Ponce los restos de un campo de concentración donde pudo ver grandes hornos donde los fascistas cremaban seres humanos.

—En sus cenizas, terrones oscuros y rojizos, se mezclaban los restos de los sacrificados. Me acordé de María Vera. Tal vez allí podían estar los restos de algunos de sus familiares o amigos. Tomé un trozo y lo envolví con el mayor respeto.

A su regreso, García Ponce informó sobre su viaje en una asamblea de jóvenes realizada en el pasaje Zingg, en el centro de Caracas, a la que asistió Maja.

—Cuando concluí mi discurso, entregué el terrón oscuro a María Vera y vimos llorar a la recia yugoslava que echó raíces en Venezuela para siempre, leal toda la vida a sus ideales de juventud.